

PRECIO EN MADRID.

Por un mes.	4 reales.
Por tres id.	11 »
Por seis id.	21 »
Por un año.	40 »

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Cuatro cuartos número.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 82, principal izquierda.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se reciba con el aviso, en libranza ó sellos. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

DIRECTOR: LUIS RIVERA.



PRECIO EN PROVINCIAS

Por tres meses en la Admon.	15 reales.
Por seis id.	28 »
Por un año.	50 »
EXTRANJERO.—Por tres meses.	30 »
ULTRAMAR.—Un año.	6 pesos.

Se publica dos veces á la semana,—jueves y domingo.

Cuatro cuartos número.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 82, principal izquierda.

Toda suscripcion hecha por comisionado costará un real más en Madrid y dos en provincias.

DIBUJANTES:

PEREA Y LLOVERA.

GIL BLAS

ADVERTENCIA.

Los suscritores de provincias, cuyo abono venza á fin de Julio, se servirán renovar como Dios manda.

La Administracion de GIL BLAS supplica á los vendedores de provincia, que se sirvan remitir su importe con exactitud, antes del primer número del mes próximo, si no quieren experimentar retraso.

CRÓNICA POLÍTICA.

leyendo La Correspondencia, agradable ocupacion á que todas las noches consagro religiosamente algunos instantes; he adquirido el convencimiento de que los periódicos de noticias son los niños mimados de la prensa; y no vayan Vds. á suponer que les envidio esa condicion; no ciertamente, pues sobre ser yo poco dado á envidiar á nadie, no soy de los que echan muy de menos los años felices de la primera edad,—que felices serán sin duda cuando todos ó casi todos lo afirman y lo sostienen.

Pero una cosa es que yo no envidie, por ejemplo, á La Correspondencia, y otra cosa es que deje de reconocer lo favorable de su posicion en el estadio de la prensa.—Esto del estadio de la prensa es una de las frases hechas que más agradables me parecen.

Al hablar de su situacion favorable no aludo á la facultad de satisfacer instintos homicidas, matando á este, hiriendo al otro, enterrando al de más allá, no: yo soy de natural pacifico y cariñoso, y esos excesos de muertes y enterramientos me producen un efecto endemoniado. Pero ¿es por ventura cosa baladí ó de poca monta eso de poder publicar noticias tan curiosas como algunas de las que en el mencionado periódico aparecen todos los dias?

Anteayer, ya ven Vds. que no me voy á muy remotos tiempos, anteayer encontré en el periódico mencionado, las líneas siguientes:

«El gobierno griego busca un ministro de Justicia capaz de dirigir los tribunales segun las necesidades políticas.»

Caten Vds. con qué frescura se coloca á un gobierno en la posicion más grotesca del mundo: y vamos, menos mal que es el gobierno griego, y de un gobierno griego poco bueno puede uno prometerse; pero así y todo, buscar un ministro de Justicia—como si digéramos, un alguacil—capaz de dirigir los tribunales segun las necesidades políticas, es cuanto puede ocurrirse á un gobierno, no digamos griego, hasta turco.

A lo que parece, los griegos creen que la Justicia—mujer al fin—es inconstante y tornadiza, y cambia de modo de ser á medida que varían las circunstancias políticas; con que, dando alguna más latitud á tan peregrina creencia, habremos de admitir que la Justicia, esa constante y perpétua voluntad de dar á cada uno su derecho, puede modificarse tambien segun las circunstancias personales de los individuos.

Y en verdad que tal debe de ser la opinion particular del príncipe Karageorgewit: citado y emplazado por el tribunal de la capital de Servia, este príncipe, para contestar á los cargos que contra él resultan, en virtud del proceso formado con motivo del asesinato del príncipe

Miguel, ha creído que su dignidad de príncipe le pone en el caso de no aceptar el emplazamiento, ni hacer caso alguno de la citacion.

Véase de qué manera resulta que el príncipe Karageorgewit, que se supone inviolable, y el gobierno griego que busca un ministro de Justicia tan dúctil como de la noticia anterior se desprende, coinciden en una opinion misma: La justicia no debe ser igual para todos, ni idéntica en todos los casos, aforismo del gobierno griego, que cuando hayan trascurrido algunos años, vennerán las generaciones futuras como veneramos hoy los de Hipócrates.

Fácil es, á pesar de todo, que ni el príncipe Karageorgewit consiga convencer al tribunal de que es incompetente para juzgarle, ni el gobierno griego encuentre el ministro de Justicia que le hace falta. ¿Acaso es tan sencillo y tan hacadero encontrar, aun en Grecia, no digamos en otros países, hombres que transijan con eso de que la justicia no sea igual para todos y en todos los casos?

Curioso en extremo será que el gobierno griego se quede sin su ministro de Justicia y el príncipe Karageorgewit sin su derecho á la impunidad. «¿Cómo, exclamará el gobierno griego, cómo, ha llegado en el siglo xix la época de la rectitud inquebrantable en los varones? ¿Qué, preguntará el príncipe Karageorgewit, habrá llegado por ventura la época de que seamos todos iguales ante la ley? ¿Será que un príncipe no pueda ya en los tiempos que alcanzamos ni aun distraer sus ojos asesinando y envenenando como en la época feliz de Catalina de Médicis y de César Borgia? ¡Oh! ¡y cómo degenera el hombre, y cómo los tiempos marchan de mal en peor!»

Bien será, antes de pasar adelante, que haga yo á ustedes una ligerísima observacion.

Puede suceder muy bien que el gobierno griego no busque al ministro de que habla La Correspondencia, y puede ser asimismo que el príncipe Karageorgewit no haya tenido participacion alguna en el asesinato del príncipe Miguel; como podria suceder, ya que del príncipe Miguel hablamos, que Napoleon no hubiera pronunciado las palabras que sobre este acontecimiento pone La Correspondencia en boca del emperador de los franceses.

Y digo que pueden muy bien no ser tuyas esas palabras porque me parecen cándidas con exceso y con exceso tambien inclinadas al fatalismo.

«En la posicion que ocupo (suponen que ha dicho Napoleon), la vida no tiene ningun atractivo más que el de ser útil á la prosperidad y grandeza de la Francia. Mientras yo viva no trataré de otra cosa, y la Providencia, que visiblemente me ha sostenido hasta aquí, no me abandonará.»

(Claro está; cuán cierto es que «Dios protege á la Francia.»)

Y cuentan que ha continuado de este modo:

«Pongo, sin embargo, mi suerte en sus manos. (Bien hecho). Ella decidirá si mi vida ó mi muerte pueden servir mejor los intereses del país. En presencia de tantos partidos animados de ambiciones rivales y de pasiones subversivas, no hay salvacion para la Francia si no queda íntimamente ligada á mi dinastía, que es el símbolo del orden y del progreso.»

Y yo que empecé cantando las grandezas de los diarios noticieros, quiero terminar llorando los pequeñeces de los periódicos ministeriales.

La España—¡pobre España!—hablo del periódico, no vayan Vds. á figurarse otra cosa—se empeña en explotar en pró de sus rancias ideas los últimos sucesos de Portugal.

Pero como la crisis política porque atraviesa el reino vecino va presentando distintas alternativas, han sido de ver las piruetas graciosas, los caprichosos saltos del diario moderado, para deducir siempre algo favorable á la idea que, en agradable consorcio con El Pensamiento Español, sostiene ahora.

Y la verdad es, hablando en serio, que la actitud del reino de Portugal, tranquila, ordenada, pacífica, cuando atraviesa por una crisis laboriosa y grave, es una leccion que de seguro aprovecharian los neos, si como no la tienen, tuviesen buena fé y sinceridad.

Encontrándome ya en Portugal, nécio seria yo ciertamente en no concederme á mi mismo unos instantes de descanso, volviendo á nuestra animada capital, donde continúan dando que hablar los blancos de La Reforma y los equilibrios de Matzanguro. Nada más ocurre, y es bastante.

GIL PEREZ.

MELODÍAS BUFAS.

XXIV.

EPÍSTOLA.

A un vate Puerto riqueno que Juan de Ponce se llama, y por lo tanto pudiera llamarse muy bien Juan Lanas.

Sabrás, lector de mi vida, si á tanto tu bondad llega que me concedes benigno cuatro momentos de audiencia, que por la mala de Cuba (mala al fin, para ser buena), un vate Puerto riqueno me ha disparado una flecha, que me hubiera producido quizás herida violenta, si en vez de darme en la bota llega á darme en la cabeza. Y ¿a que no sabes la causa de esta coz, vulgo pirueta, que me propina un incógnito á centenares de leguas? Pues bien; es porque yo he dicho, al dar á España la vuelta, que Puerto-Rico está pobre, y que hay niguas, y que truena, y que la hamaca es la vida y el bailar dicha suprema. Que recorren los mendigos á caballo las haciendas, y van á pié los correos, lo cual no es raro suceda, allí donde no hay caminos ni cosa que se parezca. ¿Encuentran ustedes justo que por razon tan pequeña, suelte todo un caballero, suponiendo que lo sea, una columna muy larga de sandeces é insolencias? Que á mí la atencion me llama, cuando piso tierra nueva, todo lo extraño que veo, y lo juzgue á mi manera, ¿es suficiente motivo para que un Juan Ponce á secas, pues Leon no puede serlo sin cortarse las orejas, quiera hombrearse conmigo aprovechando mi ausencia? No he dicho yo de las gentes que son sencillas y tiernas, aunque sé de buena tinta

que hay excepciones entre ellas?  
 Enemigo de Boriquen  
 me llama el bardo chancleta,  
 tabernario á mi lenguaje,  
 calumniadora á mi lengua.  
 ¡Cuando he tenido la calma  
 de ver tranquilo sus letras,  
 y no le he llamado bruto  
 ni le he mandado á la escuela!  
 Díceme el señor de Ponce  
 que lo que allí no se encuentra  
 son patriotas vergonzantes  
 ni oradores de comedia,  
 ni pedantes literatos  
 como hay aquí por docenas.  
 Sé muy bien que no hay patriotas  
 de la clase que me cuenta,

Hay unos cuantos benditos  
 que nos ódian por sistema,  
 y se sacarán con gusto  
 nuestra sangre de sus venas,  
 si al quedarse sin la roja  
 no publicaran la negra.  
 Patriotas que aunque de España  
 á todas horas reniegan,  
 se inscriben en su milicia  
 en cuanto huele á revuelta,  
 y tienen en más aprecio  
 que su fortuna y su hacienda,  
 las cruces que aquí les damos  
 y hasta en la camisa llevan.  
 No es esto decir tampoco  
 si son ó no son babiecas,  
 que aquí hay quien hace lo mismo  
 y nadie se lo moteja.  
 Es decir, que en todas partes  
 las personas son idénticas,  
 y que en la hermosa Boriquen,  
 cuyo recuerdo me alegra,  
 y donde tengo afecciones  
 profundas y verdaderas,  
 hay bastantes cosas malas  
 junto á muchas cosas buenas.  
 Una verdad solamente  
 calló mi pluma discreta,  
 que hoy debo decir muy franco  
 aunque alguno se resienta.  
 Además de todo aquello  
 de que les hablé á mi vuelta,  
 hay también en Puerto-Rico  
 tontos que nacen poetas,  
 y esto que yo les anuncio  
 el señor Ponce lo prueba.  
 Pues cierto se necesita  
 tener la cabeza hueca,  
 para encontrar en mis versos  
 ni la sombra de una ofensa  
 á un país donde he vivido  
 sin que me hayan dado guerra  
 ni el vómito, ni la fiebre,  
 ni el tífus, ni la viruela,  
 ni otra porción de delicias  
 en que abunda aquella tierra.  
 Cállese pues el buen Ponce  
 y no me busque la lengua,  
 mas por si acaso reincide  
 y en molestarme se empeña,  
 recomiendo á mis amigos  
 que lo aten á una carreta.

M. DEL PALACIO

### EPISTOLARIO ESPAÑOL.

¿Lector, recibes muchas cartas?  
 ¿Pagas al cartero ese miserable cuarto que multiplicado por quinientas cartas que recibes al año suman la cantidad de 58 rs. con 84 céntimos?  
 Pues bien, supongo que no eres observador y que no te has fijado en una cosa.  
 Casi todas las cartas empiezan y acaban del mismo modo; ¿pero has reparado en la diversidad de estilos que has leído entre la fecha y la firma?  
 Te recomiendo ese estudio, porque es muy útil.  
 Yo podría decirte de quién era la carta que me leyeras, siempre que tú me dijeras el nombre del que te la escribía.  
 Todos los días, cuando voy á abrir mi correspondencia, se me ocurre esto:  
 —¿Con qué especie de gente tendré que habérmelas hoy?  
 Y bien pronto sé á qué atenerme.  
 En primer lugar, la letra me da una breve idea del individuo.  
 ¿No sabes tú eso, lector?  
 Pues no lo olvides: el carácter del individuo se retrata en su carácter de letra.  
 Por eso dijo un autor que todas las mujeres tienen el mismo carácter.  
 Las mujeres escriben siempre menudito, menudito, torcido, con equivocaciones y mala ortografía.  
 O lo que es lo mismo:—Debilidad, picardía, suavidad, intención aviesa, sutileza y deslices. Tal es la bella mitad del género humano (con permiso de tu señora).  
 Los escribanos hacen letra grande, de mucho ojo (¡mucho ojo!), larga y tendida. Es decir:—Avaricia, entretenimiento, pesadez, asuntos interminables.

Los hombres importantes, los aristócratas, los académicos, hacen letra malísima, ilegible, verdadero jerooglífico:—Vanidad, ignorancia.  
 Los comerciantes letra inglesa, estrecha y metida, muchas cifras y muchos signos convencionales:—Economía, negocio, peso y medida, ahorro, barullo.  
 Y así por el estilo, cada individuo, como cada clase, tiene su manera especial de ser, cuando escribe, como la tiene en los demás actos de su vida.  
 En cuanto al estilo puedes estudiar en él cómo andan las cosas de este bajo mundo. No comprendo la educación desde que he recibido cartas de maestros de escuela sin puntos ni comas. No sé á qué atenerme desde que he visto cartas en las que Cristo está escrito con q y miscalta.  
 Pero se me dirá que estas son excepciones.  
 Efectivamente, excepciones son, y será preciso que busquemos la regla general para obrar de buena fé.

#### Carta de un pollo primerizo á una joven inexperta.

«Señorita: Desde el momento en que la ví á Vd., mi corazón no cesa de decirme que sin sus miradas de Vd. me sería odiosa la vida. Una sola palabra, y mi felicidad está asegurada para siempre. ¡Ah, señorita! Vd. que tiene talento y es amable y bondadosa, no dejará sin contestación esta carta, en la que van mis esperanzas todas. ¡Ah, señorita!

#### Carta de un sastre.

Señor D. N. N.  
 Muy señor mío: Habiendo enviado más de veinte veces á mi dependiente á cobrar la cuenta de Vd., y no habiéndole Vd. recibido, y habiéndome convenido de que usted no me paga, le advierto que mañana será citado á juicio, esperando que no me hará Vd. tomar otra providencia; y es su afectísimo

#### Carta de una modista.

«Apreciable Goaquin, mamá ha estado mal y por eso no he salido anoche y por eso no me he visto usted y por eso le dirigo esta pa disculpáme. Haga usted el favor de tener paciencia porque como una está tan atada ya ve usted que una no puede. Que tanga usted juicio y no moribide por otra estos días y hasta tanto le guiere con el arma su

#### Carta de un marido.

Querida esposa mía: Por acá no hay novedad: lo estamos pasando muy bien, y la cacería promete estar muy animada. Hemos sentido mucho que Leon no haya venido con todos nosotros, pero parece que ese muchacho estaba muy atareado. Yo creo que anda en amores; ¿sabes tú algo?

#### Carta de una esposa.

Apreciable amigo Leon: Joaquín salió anteayer y me escribe hoy preguntándome si está Vd. enamorado. ¿Quiere Vd. contarme sus amores para que yo pueda referírselos á mi marido?

#### Carta de un cesante.

Sr. D....  
 Un desgraciado padre de familia, persona decente hasta hace poco tiempo, con seis hijos y su esposa en cinta, desea encontrar alivio á sus necesidades en las almas caritativas, y suplica á Vd. se sirva contestar al dador de esta, que es mi niño mayor y pasará á recoger la contestación.

#### Carta de un preso.

Sr. D. José: Ya sabe Vd. que hace año y medio que me tienen aquí enerrado sin motivo y que desde que le nombré á Vd. mi abogado no he sesado de molestarle pues hoy vuelvo á haberlo para decirle que haga porque me saquen porque yo soy inosente hasta sierto punto si se quiere, porque yo estoy aquí por un mal querer y too Dios sabe que si se quiere yo no debia estar aquí y estoy haciendo farta en otra parte como ya lo sabe usted y no digo mas y espero haga Vd. lo que pueda y mi reconocimiento será por toa la vida y es suyo reconocido siempre affmo.

#### Carta de un cómico.

Querida Manuela: Ya habrás visto por los periódicos el éxito que aquí he tenido, y los grandes aplausos que estoy recogiendo todas las noches. El público no cesa de obsequiarme, y anoche al acabar *La Carcajada* me hicieron salir seis veces y me colmaron de aplausos, y en fin, es una ovación continua la que estoy recibiendo, y aquí dicen que no han tenido nunca un primer actor mejor. Hazme el favor de llegarte á la administración de *La Correspondencia* y llevar un sueltito que te escribirá mi hermano diciendo que estoy gustando mu-

cho, y procurad decir mucho en pocas líneas para que no os cueste tanto, pues me han dicho que ahora está muy caro eso. El objeto es que este infame de Luis que está aquí intrigando con todo el mundo para fastidiarme y quitarme las simpatías del público, se fastidie y rabie, y además á ver si conseguimos una buena contrata el año que viene. Adios, querida, piensa mucho en

#### Carta de un señorito.

Amable condesa: Remito á Vd. los versos que me pidió para su album. Perdóneme Vd. la *effronterie* de haberlos hecho tan malos, en gracia de la buena intención. Creo, sin embargo, que serán los mejores que yo haya hecho, porque sus ojos de Vd. inspirarían al menos poeta. *Sans adieu*, es siempre suyo q. b. s. p.

#### Carta de un hombre de bien.

Sr. D. X. X.: Adjuntos son los 2.000 rs. de nuestra deuda que vence en fin de agosto próximo. Me apresuro á pagarla, porque sé que la desconfianza es natural en ustedes los que prestan, y no quiero que ni por un momento se dude de mi honradez nunca desmentida.

#### Carta de todo el mundo.

1.º de julio de 1868.  
 Amigo mío: ¿Me hace Vd. el favor de cinco duros?  
 EUSEBIO BLASCO.

## COSTUMBRES DE LA ALDEA.

### IV.

#### La señorita que ha estado en Madrid.

«¡Ah! ¿vosotros no la habeis conocido? Pues no sabeis lo que es una cosa buena.  
 He oído á mucha gente criticar á las señoritas de pueblo, y siempre me ha parecido injusta esta crítica.  
 La señorita de pueblo no tiene la culpa de que su vestido lleve dos años de atraso á la moda de Madrid, ni menos se le puede hacer cargo porque cante todavía al piano la romanza de *Jugar con fuego*:

«Salva á tu víctima,  
 tirano amor,»

cuando ya en Madrid cantamos *Me gustan todas*.  
 La señorita de pueblo podrá estar algun kilómetro detrás de la moda, pero su sencillez nos encanta.  
 Y despues de todo, ¿qué tiene la señorita de Madrid, ó de Valencia, ó de Sevilla, ó de Barcelona, sobre la señorita de pueblo?

Sobre ella no tiene nada, me direis, pero la señorita de Madrid ó de Sevilla ha visto más y tiene otro trato.  
 ¿Estó es todo?  
 ¿Con cuánta razon me escribiría cierto día un compañero de colegio desde un pueblo de Castilla!

«Querido amigo, me decía; soy feliz, soy dichoso, soy todo lo que hay que ser en España en estos tiempos: ¡soy novio! Tengo relaciones con una chica que es la sencillez misma, y el mismo candor, y la discrecion misma, y la ignorancia más encantadora que puedes imaginarte. Su inocencia le hace ver el mundo de color de rosa, y á mi me considera con más poder que al emperador Napoleon, y con más talento que á Eserich, cuyas novelas lee ella de cabo á rabo. Estoy decidido á casarme, ya he pedido su mano, y esta primavera, si Dios quiere, me uniré á la hermosa Cipriana (así se llama), que tiene 19 años y va á colmar de placeres la existencia de este tu antiguo compañero de colegio, cuya vida guarde Dios muchos años, etc.»

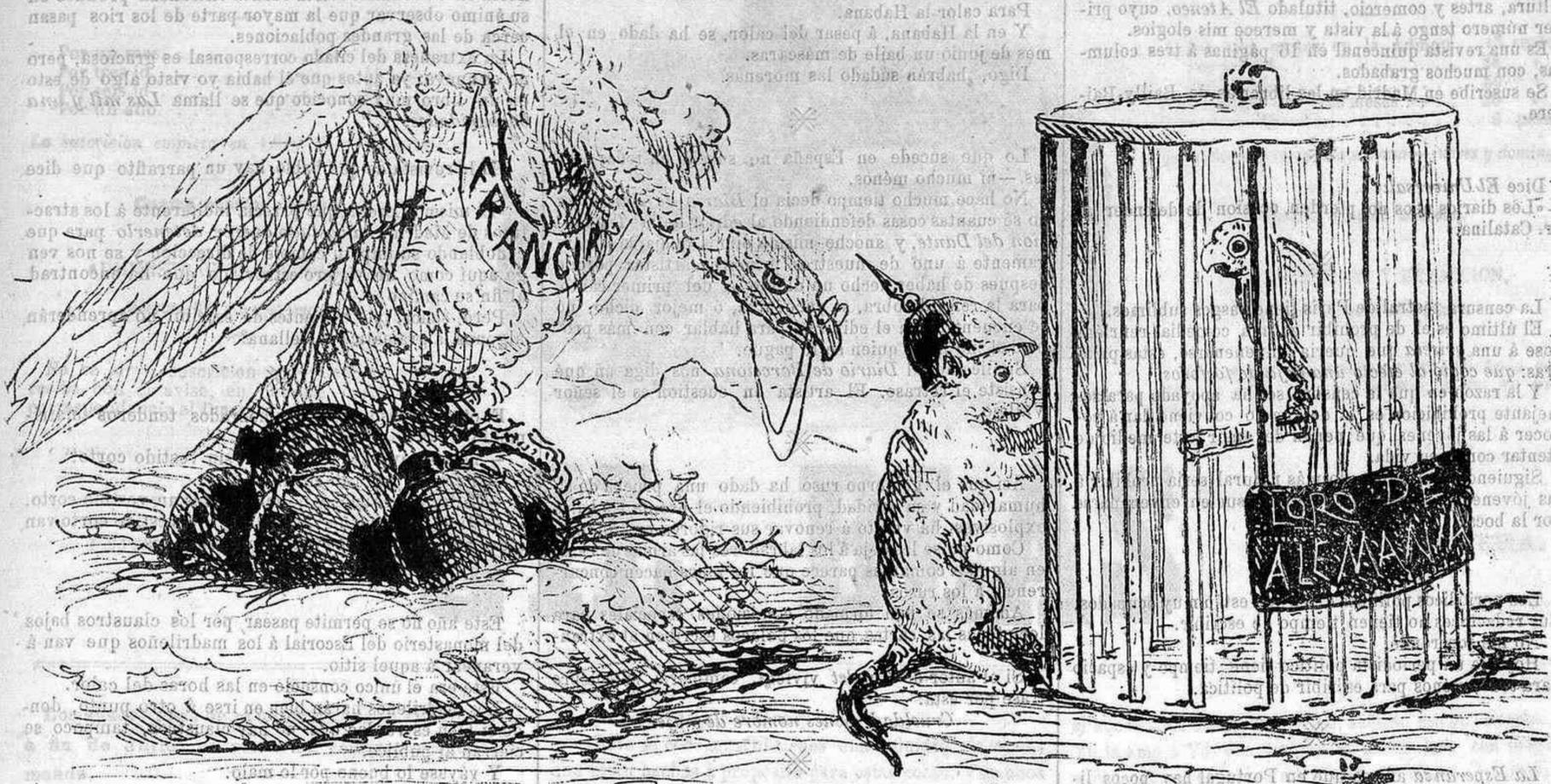
Me quedé absorto y pasmado ante esta carta.  
 Mi amigo era dichoso. Yo le envidiaba. Habia hallado una mujer amante, casta, sencilla, juiciosa, á quien él se encargaba de educar para su uso y efectos consiguientes.  
 Hallar una mujer así es una ganga.  
 En Madrid, por ejemplo, cuando uno cree que tropieza con la inocencia, suele darse de bruces con la experiencia; cuando se figura encontrar una dulce ignorancia, se encuentra con que su amada sabe trastear mejor que Cúchares.

Mi amigo iba á ser dichoso. Su Cipriana tenia 19 años, la edad de los ímpetus, y tenia tambien el candor que tan necesario es para moderar esos ímpetus de mi mayor estimación.  
 Otra carta de mi amigo, algunos días más tarde, me decía que su novia habia venido á Madrid con su papá, que tenia aquí un negocio á causa de no sé qué expediente sobre una higuera y otros frutales. Que él entretanto iria por los papeles y que á la vuelta se casarian.

¡Desgraciado amigo mío!  
 Su felicidad voló.  
 El mismo me lo escribe. Oid y comprendereis los dolores de un alma sensible á quien el desengaño del mundo da el cachete en edad temprana.  
 «Amigo de mi corazón: ya no me caso. Ya no me caso, te repito. ¿Es posible que se case nadie con Cipriana? ¿Tú has visto un demonio? Pues así es Cipriana. Yo la dejé pura y buena, y cuando he vuelto me he encontrado con una doctora impertinente, con una orgullosa marisabidilla, con una insoportable lugareña.  
 ¿Te asombras de oír esto, tú que estabas acostumbrado á tanta lisonja, á esperanzas fundadas en su cariñoso afecto y en su inocente amor?»

F  
pas  
C  
áng  
E  
am  
dec  
cór  
no  
de  
I  
U  
vol  
sar  
me  
mir  
rie  
S  
mu  
F  
dig  
Pr  
lo  
ha  
aqu  
me  
el  
par  
ma  
Pu  
que  
son  
I  
cec  
I  
ses  
por  
cia  
mú  
sus  
me

# FÁBULA POLÍTICA.



Saliendo de paseo un gato muy valiente, que por lo grande y feo causaba miedo á la sencilla gente; un loro se encontró, quiso cogerlo para despues comerlo, y un águila que cerca le acechaba y envidiosa miraba la dicha del vecino, dijole:—«Camarada, ya adivino que á ese señor de loro

se lo vá usted á jamar, y por lo fino; mas si yo lo consiento, me desdoro. Conque así venga parte del botín ó se arma el gran jollín.» A esto se calló el gato, y el águila le sigue vigilante; y si se acepta ó no se acepta el trato lo sabrás, oh lector, más adelante.

*Esto enseña que entre aves de rapiña en partiendo la caza ya no hay riña.*

Pues sigue asombrándote, y luego escucha lo que ha pasado.

Cipriana era buena, discreta, sencilla y trabajadora. Me amaba. ¡Y cómo me amaba! Como si yo fuera un ángel San Gabriel!

Pero tuvo su padre que ir á Madrid, y se la llevó. Sí, amigo, se la llevó para echarla á perder. Su padre la decía: «Ya que vas á tomar estado, justo es que veas la córte, hija mia, que el que no va á Madrid parece que no ha abierto todavía los ojos al mundo.»

¿Has visto un padre más bruto? ¿Qué idea tendrá ese padre de lo que es tomar estado, de lo que es Madrid y de lo que es el mundo?

Pero sigamos. Unos quince dias estuvieron en Madrid, y cuando volví al pueblo con todos mis papeles en regla para casarme con la encantadora Cipriana, entré en su casa y me la encontré de pié con un abanico haciéndose aire y mirando las musarañas. El padre la contemplaba sonriendo.

Saludé; apenas me hicieron caso. —¿Qué tal Madrid, añadió; se han divertido Vds. mucho?

Entonces Cipriana, haciendo como un esfuerzo, se dignó preguntarme:

—¿No ha visto Vd. los japoneses?

—¿Qué japoneses?

—La compañía imperial que trabaja en el Circo del Príncipe Alfonso. No puede Vd. formarse una idea de lo bien que trabajan.

—A propósito, interrumpió el padre, Cipriana estaba haciendo volar las mariposas con el abanico, como hace aquel chato de japonés que tiene un nombre de legua y media. Y mire Vd., Cipriana conseguirá sacarlo, porque el juego de las mariposas ¡está Vd.? se compone de dos partes; la primera de un pedacito de papel que figura la mariposa, y la otra del abanico que le da el movimiento. Pues bien; mi hija ha descubierto ya la mitad del juego, que es el abanico; ahora solo le falta la otra mitad, que son las mariposas volando.

Figúrate cómo me quedaria yo al oír tanta divina necedad.

Durante aquel dia no se habló más que de los japoneses y de los tres trapecios en el Circo de Price, hechos por un jóven muy bien formado.

—¿Cuidado que era guapo el de los tres trapecios! decía Cipriana.

—¿Qué si era guapo? añadía su padre; ¡y con unos músculos! ¡Vaya unas fuerzas que tendrá el mozo!

—No es Vd. así, dijo por fin Cipriana lanzando un suspiro y mirándome de arriba á bajo.

Aquella mirada me dejó humillado, y aquel suspiro me volvió tarumba.

Comprendí de un golpe lo que pasaba por la imaginacion juvenil de aquella pobre chica, que me comparaba naturalmente con el gimnasta. Ya se ve, un jóven como yo, flaco, moreno, enterrado en unas patillas, ¡qué podria valer comparado *materialmente* con el intrépido gimnasta de los tres trapecios?

Todos los dias, más bien todos los momentos, me veia obligado á sufrir humillaciones por el estilo. Todo lo que habia visto en Madrid mi adorada Cipriana, todo lo recordaba, y al compararlo con lo que veia en el pueblo decia cosas muy inconvenientes.

Por la tarde salimos á paseo. Todo lo encontraba malo y de mal gusto. El vestido de sus paisanas, la conversacion de las amigas, la tartana de su abuelo y el pobre paseo de la Glorieta, donde habia pasado la juventud, le parecia un miserable rincon comparado con la Fuente Castellana.

Por la noche hubo en su casa la reunion de costumbre. Yo me acerqué al piano para tocar un walls que sé desde 1854, y en seguida me atajó Cipriana, diciendo: —Toque Vd. algo del *Thannhausser*.

Yo sabia por los periódicos que en los conciertos de los Campos Eliseos se habia tocado esta música nueva é incomprensible, pero no creí que mi Cipriana cayera en la tontería de pedirme que la tocara.

Se trató de bailar, pero Cipriana dijo que ya no se bailaba la polka, y acto continuo nos demostró cómo se bailaba ahora en Madrid repitiendo un paso de la *Mascarada parisiense*, paso que podrá ser de mucho gusto, pero que á mi no me gustó, porque la que iba á ser mi esposa empezó á recogerse la ropa y á enseñar las pantorrillas.

Yo no pude menos de exclamar:

—¿Qué va Vd. á hacer, señorita?

—Así lo he visto bailar en Madrid, contestó ella.

Cogí el sombrero y me marché.

Al dia siguiente volví, con la esperanza de encontrarla más razonable; pero nada de esto, amigo mio, nada de esto. No sabe más que hablar de Madrid; á sus amigas las insulta diciendo que visten á lo pueblo, al mismo señor alcalde, que estuvo ayer en su casa de visita, le indicó que por qué no hacia venir á las calles el agua como la del Lozoya, sin reparar que por medio de este pueblo pasa el rio.

Por cualquier cosa y con cualquier pretexto hace una inconveniencia ó dice un disparate.

Ayer estuvimos de campo, y como calentaba el sol, por decir que dónde habria una sombra, dijo: ¡dónde habria una claravoya? Sin duda ha oído en Madrid hablar de claravoyas, y ha equivocado el sentido.

Y esta fatal manía va en aumento. Hoy ya está intratable. A mí me desprecia, de sus amigas se rie, y á su familia la tiene frita.

¡Qué lástima, amigo mio, una jóven tan inocente y tan discreta!

Qué bien dijo aquel: Los viajes instruyen mucho, hasta cuando pervierten.

A Cipriana la ha pervertido el viaje á Madrid.

Hace ocho dias que rompí con Cipriana. Desde entonces, sigue cada vez más ridícula con su manía de hablar de Madrid. Ha llegado á ser el hazme reír de la gente del pueblo.

Los hombres se burlan de ella y las mujeres la desprecian.

Nadie la llama ya por su nombre. Cuando alguno tiene que nombrarla dice con retintín:

—Allá va la *señorita que ha estado en Madrid.*

## CABOS SUELTOS

En distinto sitio que en el que inserta las noticias de la Habana, nos dice *La Correspondencia* que ha vuelto á desarrollarse el cólera en aquella capital, habiendo empezado por el hospital de locos, donde en pocos dias han muerto más de cien personas.

Le digo á Vd. que en la Habana habrá muchas onzas de oro; pero hace sudar mucho su adquisicion.

No le gusta á *La Constancia* que las grandes potencias se mezclen en los asuntos de los pequeños Estados, si estos se han de arreglar bien.

Ni á mí tampoco.

—¿Qué hay de noticias, caballero?

—Dicen que no hay cuidado, porque Francia y Prusia están cada dia más unidas.

—¡Me alegro!

—¿Por qué?

—Porque acercándose mucho la una á la otra, se van á poner pronto á tiro de fusil.

